



Robado y bendecido

UN HOMBRE DE OCHENTA Y UN años que acababa de unirse a la Iglesia Adventista fue asaltado en Nueva Zelanda. El robo no solo terminó fortaleciendo su fe, sino también convirtiéndose en una oportunidad para compartir a Jesús con los ladrones.

La historia comenzó una noche en que tres adolescentes irrumpieron en la casa de Richard en Whangarei, la ciudad más al norte de Nueva Zelanda. Richard estaba profundamente dormido cuando uno de los adolescentes trepó por la ventana de su dormitorio y pasó junto a su cama para abrir la puerta de entrada a los demás.

Richard suele tener el sueño ligero y se despierta con el más mínimo ruido, pero esa noche siguió durmiendo profundamente mientras los tres adolescentes, de catorce y dieciséis años, saqueaban su casa.

En un momento, se despertó para ir al baño. Los intrusos no le prestaron atención mientras caminaba hacia el baño y regresaba a su cama. Él tampoco se dio cuenta de que había alguien allí. Cuando regresó a la cama y se durmió nuevamente, los adolescentes se subieron al automóvil de Richard, que estaba aparcado en el garaje, lo encendieron y salieron a toda velocidad hacia la oscuridad de la noche.

Un vecino oyó el ruido que hicieron al salir, y corrió a la casa de Richard para ver si estaba bien. Golpeó la puerta, pero Richard no salió.

El vecino entonces golpeó con más fuerza, por lo que, finalmente, Richard se despertó.

–¿Sabías que acaban de robarte el automóvil? –le preguntó el vecino.

En lugar de estar molesto, Richard sintió una sensación de alivio cuando vio el garaje vacío. Se alegró de que Dios lo hubiera protegido de cualquier daño.

Veinte minutos después, llegó la policía. Habían encontrado el automóvil de Richard con las llaves dentro y, con perros rastreadores, habían dado con el paradero de los adolescentes, que estaban en una casa ubicada a dos kilómetros de distancia. La policía entregó a Richard sus pertenencias robadas: una tableta electrónica, una maquinita de afeitar electrónica y el contenido de su billetera.

Pero ese no fue el final de la historia.

Richard se reunió tres veces con los tres intrusos como parte del castigo que recibieron los jóvenes. Se asombró al conocer sus antecedentes y al ver que ninguno de sus padres asistía a las reuniones con ellos. Los adolescentes vivían con abuelos o tías. El corazón de Richard se conmovió cuando cada uno de los tres se disculpó sin una pizca de arrogancia.

–Es su primer delito –les dijo–. No me gusta lo que hicieron, pero no tengo nada en contra de ustedes. Los perdono y espero que aprendan de esto. No quiero compensación.

Pero los muchachos trataron de enmendar su error. Uno de ellos limpió el moho y el musgo de la acera de Richard. También cocinó para él.

Otro día, un agente de policía llegó a la casa de Richard con un sobre que contenía diez billetes de cincuenta dólares.

–No quiero compensación –le dijo Richard al agente.

–El dinero es de uno de los adolescentes y de su abuelo –dijo el agente.

Era un *koha*, o un regalo, según una costumbre maorí de Nueva Zelanda.

Richard escribió una carta de agradecimiento muy larga en la que elogió al abuelo por tan buena manera de educar.

Después de las tres reuniones, los adolescentes ya no tuvieron problemas con las autoridades, y su delito fue borrado del registro policial.

Richard, que se había unido a la iglesia adventista de Tikipunga poco antes del robo, dijo que la terrible experiencia había fortalecido su fe. Dijo que el hecho de no haberse dado cuenta de los intrusos durante el robo fue un milagro que posiblemente le salvó la vida, ya que su corazón estaba muy débil tras haber sufrido un infarto dos años antes.

“Normalmente me despierto con el más mínimo ruido”, dijo. “Solo y con ochenta

años, me doy cuenta de todo lo que ocurre en la noche. No puedo negar que Dios estuvo allí con toda su gloria, amor y ternura, porque si hubiera visto a alguien al pie de mi cama, me habría asustado”.

También dijo que la oportunidad de interactuar con los jóvenes y orientarlos fue una bendición. “Todo fue hermosa-mente dirigido por el Señor. Desde entonces, he crecido a pasos agigantados en mi experiencia cristiana”.

Gracias por su ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre, que ayudará a los niños de Nueva Zelanda, de toda la División del Pacífico Sur y del mundo a conocer más sobre Jesús por medio de una serie de películas animadas basadas en los libros El camino a Cristo, El Deseado de todas las gentes, El conflicto de los siglos y otros de Elena G. de White.

Esta historia misionera ilustra los siguientes componentes del plan estratégico “Yo iré” de la Iglesia Adventista Mundial:

- *Objetivo de crecimiento espiritual n^o 1*: “Revivir el concepto de misión mundial y sacrificio por la misión como un estilo de vida que no solo incluya a los pastores, sino también a todo miembro de iglesia,

jóvenes y ancianos, en el gozo de ser testigos de Cristo y hacer discípulos”.

- *Objetivo de crecimiento espiritual n^o 5*: “Discipular a personas y a familias para que lleven vidas llenas del Espíritu”.

Obtén más información sobre este plan estratégico en: IWillGo2020.org